

- mana, sobre la Predestinacion.... 244.
10. Para el Domingo de la segunda Semana, sobre la Sabiduría y suavidad de la Ley Christiana..... 275.
11. Para el Lunes de la segunda Semana, sobre la Impenitencia final..... 298.
12. Para el Miercoles de la segunda Semana, sobre la Ambicion.. 323.
- Compendio de los Sermones que contiene este Tomo primero de Quaresma..... 352.

SER-



SERMON
DEL MIERCOLES
DE CENIZA.

Sobre el pensamiento de la muerte.

Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem revertéris.

Acuerdate hombre, que eres polvo, y te has de convertir en polvo. Palabras de la Iglesia en la ceremonia de este dia.

Difíciloso fuera, Christianos, no acordarnos de esta verdad, quando la providencia nos dá de ella una prueba tan reciente, pero para nosotros tan dolorosa y tan sensible. Esta Iglesia en que nos hemos juntado, y ha tres dias que la vimos ocupada en llorar la muerte de su Prelado amable, y en celebrar sus exéquias, nos predica mucho mas eficazmente con sus sentimientos, que lo que puedo yo con todas mis palabras. (*) Echa menos un Pastor

Tom. II. Quaresma. A tor

(*) Mons. de Peréite Arzobispo de París.

tor que habia recibido como preciosa dadora del Cielo, pero acaba de arrebatarsele la muerte executando en él la ley comun á todos los hombres. Ni la nobleza de la sangre, ni el resplandor de la dignidad, ni lo sagrado del carácter, ni la grandeza de animo, ni las calidades de su corazon inclinadas á hacer bien, recto, religioso, enemigo del artificio y de la mentira, nada pudo defenderle del golpe fatal que nos le ha quitado, y le ha hecho pasar de la mas illustre Silla de nuestra Francia al polvo del sepulcro. Vosotros Señores, los que compondeis este respetable cuerpo, cuya cabeza digna fue; vosotros que por derecho naturalmente adquirido, sois al presente los depositarios de su potestad espiritual, y nosotros reconocemos en su lugar como otros tantos Padres y Pastores; vosotros con cuya autoridad y bendicion subo á este Púlpito para anunciar en él el Evangelio; vosotros digo, no os habeis olvidado, ni os olvidaréis jamás de las muestras de benevolencia, de aprecio, y de confianza que este esclarecido difunto os dió hasta el ultimo aliento de su vida; y tanto mas suben de punto vuestro dolor, quanto más claramente os dan á conocer lo que habeis perdido, y mas amada os hacen su memoria.

Pero despues de haber satisfecho la obligacion que nos imponian la piedad y el reconocimiento, es razon, amados oyentes míos, que hagamos reflexion sobre nosotros mismos; y para aprovecharnos de tan christiana y santa muerte, juntemos las cenizas de su sepulcro con las que la Iglesia nos pone hoy delante de los ojos, y de unas y otras saquemos una ensenanza importante; porque este es nuestro destino temporal: este es el fin adonde van á parar todas las ideas de los hombres, y todas las grandezas del mundo: este es el unico pensamiento en que en todas las cosas, y en todo tiempo debemos emplearnos: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem reverteris.* Acordaos, seais los que fuereis, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, Monarcas ó vasallos; en una palabra, hombres en general todos; en particular cada uno, acordaos que sois polvo, y que habeis de convertirnos en polvo. Esta ve-

moria no os será de gusto; este pensamiento os lastimará, os turbará, os afligirá; pero lastimandoos os remediará, turbandoos y afligiendoos os será provechoso, y puede ser que al fin como provechoso, no solamente se os haga tolerable, sino que le tengais por motivo de gusto y de consuelo. Mas sea lo que fuere de eso, quiero descubriros las utilidades que encierra, y por aqui doy principio á la carrera de mi predicacion.

Divino Espiritu que con una ardiente brasa purificasteis los labios del Profeta, y le hicisteis organo de vuestra adorable palabra, purificad mi lengua, y haced que pueda yo dignamente cumplir con el ministerio santo que habeis fiado de mi. No me inspireis mas pensamientos, que los que pueden servir para mover, para persuadir, para convertir. Dadme, como al Apostol de las Gentes, no una eloquencia vana, que no tiene mas fin que entretener la curiosidad de los hombres; sino una eloquencia christiana, que sacando de vuestro Evangelio toda su fuerza, tenga eficacia para inquietar las conciencias, para santificar las almas, para ganar los pecadores, y sujetarlos al imperio de vuestra ley. Disponed los entendimientos de mis oyentes para que reciban las luces sagradas que os dignareis comunicarme; y como yo no debo tener al hablaros otra mira sino la de su salvacion, haced que me oygan con un deseo puro de la salvacion eterna que les predico; pues este deseo es la principal disposicion para recibir todas las gracias que deben esperar de vuestra clemencia. Esto es, Señor, lo que para ellos y para mí os pido, por la intercesion de Maria, á quien dirijo la oracion acostumbrada. AVE MARIA.

Es un principio en que convinieron los mismos Sábios del Gentilismo, que la principal ciencia, ó el principal estudio de la vida es la ciencia y estudio de la muerte; y que le es al hombre imposible vivir segun razon, y mantenerse en una virtud sólida y constante, si no piensa repetidas veces en que se ha de morir. Pues yo hallo que toda nuestra vida, ó por mejor decir, todo lo que en nuestra vida es capaz de perfeccionarse, y á por la razon, y á por la fé,

tiene respecto á tres cosas; á nuestras pasiones, á nuestras deliberaciones, y á nuestras acciones. Explicome. En el discurso de nuestra vida tenemos pasiones sobre que velar; tenemos consejos que tomar; y tenemos obligaciones que cumplir. En esto (por servirme del termino de la Escritura) consiste todo hombre: digo todo hombre Christiano y racional: *Hoc est enim omnis homo.* (a) Pasiones sobre que velar, reprimiendo sus impetus, y moderando sus violencias. Consejos que tomar, preservándonos de los errores que los acompañan, y de los arrepentimientos que los siguen: obligaciones que cumplir, cuya execucion debe ser puntual y fervorosa. Pues es mi intento, Christianos, que para todo esto nos basta el pensamiento de la muerte; y asiento tres proposiciones, en que os ruego os pongais bien, porque en ellas ha de estar la division de este discurso. Digo que el pensamiento de la muerte es el remedio mas soberano para amortiguar el fuego de nuestras pasiones: esta es la primera parte. Digo que el pensamiento de la muerte es la regla mas infalible para acertar con seguridad en nuestras deliberaciones: esta es la segunda. Digo al fin, que el pensamiento de la muerte es el medio mas eficaz para inspirarnos un fervor santo en nuestras acciones: esta es la ultima. Tres verdades de que intento convenceros, haciendos sentir la fuerza de estas palabras de mi texto: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem revertaris.* Vuestras pasiones os arrebatan, y os parece muchas veces que no sois dueños de vuestra ambicion y de vuestra codicia: *Memento*; acordaos y pensad lo que viene á ser la ambicion y la codicia de un hombre que ha de morir. Deliberais sobre un punto de importancia, y no sabeis á lo que habeis de resolveros: *Memento*; acordaos y pensad la resolucion que debe tomar un hombre que ha de morir. Los ejercicios de piedad os fatigan y os cansan, y sois descuidados en el cumplimiento de vuestras obligaciones: *Memento*; acordaos y pensad la importancia de que las

(a) Eccl. 1a. v. 13.

cumpla un hombre que ha de morir. Esto es de lo que debe servirnos el pensamiento de la muerte, y este es tambien todo el blanco á que ha de mirar vuestra atencion.

I. PARTE.

Para amortiguar el fuego de las pasiones se ha de empezar por un exacto conocimiento de ellas; y para conocerlas perfectamente (dice San Juan Chrysostomo) basta enterarse bien de tres cosas: es á saber, que nuestras pasiones son vanas, son insaciabiles, y son injustas. Son vanas, por los objetos que apetezen: son insaciabiles y sin termino, y por el mismo caso incapaces de quedar jamás satisfechas y de satisfacernos á nosotros: ultimamente son injustas en los sentimientos presuntuosos que nos inspiran, quando ciegos es hinchados con el viento de la soberbia intentamos sobresalir elevándonos sobre los demás. Ved en lo que el Chrysostomo juzgó que consistia especialmente el desorden de las pasiones humanas. Teniamos necesidad para reprimir sus impetus y movimientos desenfrenados, de alguna cosa que sensiblemente nos descubriese su vanidad, que haciendolas obedecer á la ley de una necesidad soberana las reduxese á límites dentro de nosotros á pesar de nuestra resistencia, y que acabando con el apetito de la preeminencia, las reduxese al primer principio de la moderacion; quiero decir, á la igualdad que estableció Dios entre todos los hombres; y nos obligase á todos, seamos los que fuéremos, á hacernos por lo menos justicia, y á cumplir sin resistencia con las obligaciones que en orden á los otros nos impone la caridad. Estos son, amados oyentes míos, los maravillosos efectos que en las almas tocadas de Dios produce la memoria y el pensamiento de la muerte. Atendéme, y no perdais un punto de tan provechosa doctrina.

Nuestras pasiones son vanas; y para convencernos de ello no es menester mas que representarnos una idea cabal de los objetos á que se inclinan: esto solo basta para apagar en nuestros corazones este fuego de la concupiscencia

cia que encienden en ellos, y esta es la leccion importante que nos dá el Espiritu Santo en el libro de la Sabiduría. Porque mientras los bienes de la tierra (confesémoslo, Christianos, aunque sea á costa de nuestra confusion) nos parecen grandes, y estamos en la inteligencia de que lo son, nos es quasi imposible no amarlos, y amandolos no hacer de ellos el objeto de nuestras mas ardientes pasiones. El ansia de poseerlos puede mas en nosotros, que qualquiera razon que se les ponga, qualquiera ley que los prohiba, y qualquier respeto de conciencia y de Religion que nos desvie de ellos; y preocupados de la hermosa apariencia del bien que nos lisonjéa y engaña, cerramos los ojos á las demás consideraciones, para seguir unicamente el atractivo y el encanto de nuestra ilusion. Si algunas veces nos resistimos, y por obedecer á Dios conseguimos alguna victoria de nosotros, es una victoria forzada segun la violencia que nos cuesta. La pasion se queda siempre en pie, y el engaño en que vivimos de que estos bienes que idolátra el mundo son sólidos, y tienen virtud para hacernos felices, nos hace concebir los mas vivos deseos de adquirirlos, un gozo desmedido al lograrlos, y unos temores mortales de perderlos. Nos afligimos de tenerlos con escasez, nos damos el parabien quando nos sobran, nos llenamos de sustos, nos inquietamos, nos desesperamos, quando estos bienes se nos huyen y nos vemos privados de ellos: porque nuestra imaginacion engañada y pervertida nos los representa como bienes verdaderos y de importancia, y de donde depende una cumplida felicidad.

Para desasirnos de ellos (dice San Juan Chrysostomo) el medio seguro é indefectible es desengañarnos de lo que son. Porque desde que conocemos su vanidad, se nos hace facil este desasimiento; y no solamente facil, sino como natural: ni la ambicion ni la avaricia (si puedo atreverme á decirlo asi) tienen de que asir en nosotros. Estamos tan lexos de afanar para adquirir por caminos torcidos é ilícitos las conveniencias del mundo, quando estamos persuadidos de su poca solidéz, que apenas podemos conseguir de nosotros poner un cuidado racional para conser-

var-

var los bienes que legitimamente poseemos: y esto se funda en que los bienes del mundo, supuesto que estamos convencidos asi, casi no nos parecen dignos de nuestros cuidados, quanto mas de nuestras ansias y de nuestras inquietudes. ¿ Y de dónde nace el que tan utilmente estemos convencidos? De la memoria de la muerte santamente meditada, y mirada á la luz de los principios de la Fé.

Porque la muerte (añade el Chrysostomo) es para nosotros una prueba palpable y sensible de la nada de todas las cosas humanas por las cuales nos apasionamos. Ella nos la dá á conocer: todo lo demás nos engaña, la muerte sola es el espejo fiel, que sin disfráz nos pone á la vista la instabilidad, la fragilidad y lo caduco de los bienes de esta vida; nos desengaña de todos nuestros errores, destruye en nosotros todos los encantos del amor propio, y de las mismas sombras del sepulcro nos hace un manantial de luces, de que igualmente quedan penetrados nuestros sentidos y nuestros entendimientos: *In illa die* (a) (dice la Escritura hablando de los hijos de este siglo entregados á sus pasiones) *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum*. Todos sus pensamientos se desvanecerán en este dia. Este dia de la muerte, que nosotros nos imaginamos lleno de obscuridad, los aclarará, y hará que se desaparezcan los nublados en que hasta entonces estuvo en orden á ellos envuelta la verdad, empezarán á ver lo que nunca habian visto. Lo que era objeto de su estimacion se convertirá en blanco de su desprecio; lo que tanto los admiraba los llenará de confusion. De suerte que se levantará en sus almas una como general rebelion, de que ellos mismos quedarán asombrados, atónitos, y sobrecogidos de un negro horror. Aquellas ideas fantásticas que tenian del mundo y de su imaginada felicidad instantaneamente desaparecerán, y aun pararán en nada: *Peribunt omnes cogitationes eorum*. Y como no tenian mas fundamento sus pasiones que el de sus pensamientos, y estos han de perecer (segun la ex-

pre-

(a) Psalm. 145, v. 4.

presion del Profeta) tambien fenecerán sus pasiones: es decir, que no tendrán yá aquel empeño porfiado de adelantarse, ni aquellos deseos de enriquecerse; porque verán con toda claridad en aquel día, *in illa die*, la futilidad, y si me es licito hablar así, la extravagancia de todas estas cosas. ¿Qué hacemos pues, quando empleamos el tiempo de la vida en la memoria de la muerte? Anticipamos este ultimo día y este ultimo instante; y sin aguardar á que conel catástrofe de la muerte, y al desenmarañarse sus enredos se nos descubra este mysterio de vanidad, nosotros con consideraciones santas nos le aclaramos. Porque quando en la presencia de Dios me represento la imagen de la muerte, y contemplo en ella desde luego todas las cosas del mundo á aquella misma luz á que me obligará la muerte que las mire, hago de ellas el mismo juicio que haré entonces; las reconozco despreciables como las reconoceré; me doy en cara á mí mismo no menos que entonces, por haber estado asido á ellas; lloro en este punto mi ceguedad como la lloraré; y por el mismo caso la pasion se entibia, la concupiscencia no es tan ardiente, miro yá con indiferencia estos bienes pasajeros y caducos: en una palabra; para todo estoy muerto de corazon y de espíritu, porque preveo que dentro de poco tiempo he de morir por necesidad y efectivamente á todo.

Este es, amados oyentes míos, el admirable secreto que halló David para tener refrenadas sus pasiones, y para mantener, aun enmedio del mundo, que es la Corte, aquel perfecto despego del mundo á que habia llegado. ¿Qué hacia este Santo Rey? Contentábase con pedir á Dios como un favor supremo, que le hiciese conocer su fin: *Notum fac mihi Domine finem meum*; (a) y que le diese tambien á entender lo cercano que estaba á él, para saber con una ciencia eficaz y práctica lo poco que le quedaba yá de vida *Et numerum dierum meorum quis est: ut sciam quid desit mihi*. Porque no dudaba que solo este pen-

(a) Psaml. 38. v. 5. & seq.

samiento: *Es necesario morir*, era bastante para apagar fuego de sus pasiones mas ardientes.

Y en efecto (añadia el Profeta (Vos, Señor, habeis reducido mis dias á una medida muy corta: *Eccc mensurabiles posuisti dies meos*; y así, quanto soy, y quanto puedo desear, ó tener esperanza de ser, no es mas que una pura nada en vuestros ojos: *Et substantia mea tanquam nihilum ante te*. En mis ojos esta nada es algo; y no solo algo, sino un todo: mas en vuestros ojos, esto que yo llamo un todo, se confunde y se pierde en esa nada; y la muerte que todo hombre viviente debe mirar como destino suyo inevitable, hace generalmente y sin excepcion de quantos bienes posee, de quantos placeres goza, y de quantos titulos se gloria, un como abysmo de vanidad. *Verumtamen universo vanitas, omnis homo vivens*. El hombre del mundo no quiere venir bien en esto, y aun hace estudio de ignorarlo; pero ello es verdad que su vida no es mas que una sombra y una imagen que se pasa: *Verumtamen in imagine pertransit homo*. Turbase, y como mundano vive combatido de continuas inquietudes; turbase, pero inultamente; porque se turba por unos desiguales que la muerte ha de desconcertar, por urdir unas tramas que la muerte ha de confundir, por unas esperanzas que la muerte ha de trastornar: *Sed & frustra conturbatur*. Fátigase y se consume por juntar y atesorar; pero su desgracia es no saber para quien junta, ni quien ha de coger el fruto de sus trabajos: si serán sus hijos ó los extraños; si serán unos herederos reconocidos ó ingratos; si serán cuerdos ó desperdiciadores: *Thesaurizat & ignorat cui congregabit ea*. Estos sentimientos de que el Profeta estaba lleno y tocado vivamente, reprimian en él todas las pasiones, y hacian un exemplo de moderacion de un Rey colocado sobre el trono.

Y esto experimentamos nosotros cada dia; porque (confesemos Christianos la verdad) si no hubieramos de morir, ó pudieramos librarnos de esta dura necesidad que nos hace tributarios de la muerte, por vanas que sean nuestras pasiones, jamás quisieramos reconocer su vanidad.

dad; jamás quisieramos dar de mano á los objetos que las lisonjean, y ellas nos hacen que los solicitemos con ansia. Por mas que sobre ese asunto se nos diga, aunque se nos repita quanto en orden á él dixeron los Filósofos, aunque se quiera llevar por via de argumento y de demostracion, tomariamos todo esto por unas sutilezas mas vanas aun que la misma vanidad que se intentará persuadirnos. No sirviera para eso de nada la Fé con todos sus motivos; teniendo apartada de nosotros, como la tuvieramos, la memoria de la muerte que severamente nos contiene dentro de los limites de la razon, tuvieramos por prudencia el vivir al arbitrio de nuestros deseos, apreciáramos como cosa real y verdadera todo lo que tiene el mundo, que al mismo paso que es brillante es engañoso; y tomando partido nuestra razon contra nosotros mismos, empezára á hacerse á una con nuestra pasion y á estar de acuerdo con ella.

Pero al decirnos que es necesario morir, y quando nos lo decimos nosotros mismos, ah! Christianos, nuestro amor propio, con ser tan ingenioso, no tiene ya como defenderse; hállase desarmado con este pensamiento: toma la razon imperio sobre él, y rinde sin resistencia la cerviz al yugo de la ley: porque no puede dexar de sentir su flaqueza propia, que no solamente se la descubre, sino que se la hace sentir la memoria de la muerte. Bella diferencia que advirtió San Juan Chrysostomo entre los demás pensamientos Christianos, y el pensamiento de la muerte. ¿Por qué (pregunta este Santo Doctor) el pensamiento de la muerte, mas que todas las demás consideraciones, hace mas viva impresion sobre nosotros, y nos dá á conocer la vanidad de los bienes criados á mejor luz? Atención aqui. Porque todas las demás consideraciones contienen quando mucho testimonios y pruebas de su vanidad; pero la muerte es el mismo ser de esta vanidad, ó es la que la constituye por sí misma: luego no debe causar estrañeza que tenga la muerte una especial virtud para despegarnos de todo. Y esta era la consecuencia excelente que sacaba S. Pablo para moyer á los fieles á sacudir el

yugo de la servidumbre de sus pasiones, y vivir en la práctica de este santo y feliz despego que con tanta eficacia les encargaba: el tiempo es breve; les decia: *Tempus breve est.* (a) ¿de ahí qué se sigue? Que; debéis alegraros como quien no se alegra; que debéis poseer como quien no posee; que debéis usar de este mundo como quien no usa de él: *Reliquium est, ut qui gaudent, tanquam non gaudentes; & qui emunt, tanquam non possidentes; & qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.* Que consecuencia tan grande! Es admirable, dice aqui San Agustin; porque realmente, alegrarse y haber de morir, poseer y haber de morir, es como ser honrado y no serlo, como poseer y no poseer, como alegrarse y no alegrarse. Porque estetermino: *Morir*, es un termino de privacion y destruccion, que todo lo deshace y todo lo aniquila; es un termino que por cierta propiedad del todo contraria á la que se halla en Dios, hace que nos parezcan las cosas que tienen ser, como si no le tuvieran; al modo que Dios, por el contrario, llama las cosas que no son, como si tuvieran ser.

No solamente nuestras pasiones son vanas, sino que con ser vanas, son tambien insaciables y sin fin. Qué ambicioso, á quien su fortuna y las honras del mundo se le han subido á la cabeza, ha estado jamás contento con lo que era? Qué avariento, al pretender y solicitar los bienes de la tierra, dixo jamás, *esto basta?* Qué sensual esclavo de sus sentidos ha puesto jamás termino á sus deleytes? La naturaleza (dice ingeniosamente Salviaño) se contiene en lo necesario; la razon apetece lo util y lo honesto; el amor propio lo que agrada y lo que deleyta; pero la pasion lo superfluo y excesivo. Pues lo que es superfluo es infinito; pero este infinito, por mas que lo sea, halla (si queremos nosotros) sus limites y terminos en la memoria de la muerte, como los hallará, aunque nos pese, en la muerte misma. Porque no he menester en este dia

(a) 1. Cor. 7. v. 29. 30. & 31.

sino valerme de las palabras de la Iglesia: *Memento homo, quia pulvis es*; acuerdate hombre que eres polvo, & *in pulverem reverteris*, y que te has de convertir en polvo. No he menester mas que dirigir este decreto á quantas almas apasionadas hay en este auditorio, para obligarlas á no tener ya estos vastos y desmesurados deseos, que continuamente las atormentan y nunca las satisfacen. No es menester mas que hacer el mismo convite que hicieron los Judios al Salvador del mundo, quando pidieron que fuese á sepulcro de Lazaro y le dixerón: *Veni, & vide*. (a) Venid y ved. Venid avarientos: Vosotros os abrasais con una codicia insaciable, cuyo ardor ninguna cosa puede amortiguar; y porque esta codicia es insaciable os hace cometer un número excesivo de maldades, os endurece á las necesidades de los pobres, os sepulta en un olvido profundo de vuestra salvacion. Considerad bien este cadaver: *Veni, & vide*. Este era un hombre de fortuna como vosotros; como vosotros se habia enriquecido en pocos años; tuvo como vosotros la locura de querer dexar despues de sus dias una casa opulenta, y con grandes conveniencias á sus hijos. ¿Pero le veis ahora? ¿Veis la desnudéz y pobreza á que le ha reducido la muerte? ¿Adónde están sus riquezas? ¿Adónde sus rentas? ¿Dónde sus alhajas suntuosas y magnificas? ¿Pero ahora mas que el mas despreciado de los hombres? Todo se reduce á siete pies de tierra, y una mortaja que le cubre, mas no le defenderá de la corrupcion; nada mas. Todo lo demás ¿en qué ha parado? Ved el modo de poner límites á vuestra avaricia: *Veni, & vide*. Venid hombre del mundo, idólatra de una mentirosa grandeza: Vos estais poseido de una ambicion que os consume; y porque esta ambicion no tiene término, os quita todos los sentimientos de piedad, se apodera de vos, os hechiza, y os embriaga. Considerad ese sepulcro: ¿que veis en él? Este era un Señor de calidad como vos, y por ventura mas que vos; consideradle por su ca-

(a) Joan. 11. v. 34.

carácter como vos, y en terminos de serlo todo; ¿pero le conoceis? ¿Veis á lo que la muerte le ha traído? ¿Veis á lo que ha estrechado sus grandes ideas? ¿Veis como se ha burlado de sus pretensiones? Pues esto es con lo que habeis de arreglar las vuestras: *Veni, & vide*. Venid muger entregada al mundo, venid: vos tenéis suma complacencia en vuestra persona: la pasion que os domina es el cuidado de vuestra hermosura; y como esta pasion es desmesurada, es causa de que os trateis con una vergonzosa delicadeza; produce en vos los deseos viciosos de parecer bien; os hace complice de un excesivo número de pecados y delitos escandalosos. Venid y ved: esta era una persona de poca edad como vos; era el idolo del mundo como vos, de no menos espíritu que vos, ni menos solicitada y adorada; ¿pero la veis ahora? ¿Veis esos ojos apagados y ese semblante espantoso y que pone horror? Esto es con lo que habeis de reprimir el desmedido amor que os tenéis: *Veni, & vide*.

Ultimamente, nuestras pasiones son injustas, ya en los sentimientos que nos inspiran de nuestra conveniencia, ya en los que nos hacen concebir en perjuicio de los otros; pero la muerte (dice Séneca) nos reduce á los terminos de la equidad, y con su memoria nos obliga á hacernos á nosotros mismos justicia, y á hacersela á los demás de nosotros mismos: *Mors sola jus æquum est generis humani*. En efecto, quando no pensamos en la muerte, y no atendemos sino á algunas singularidades que hay en la vida, estas nos elevan, nos deslumbran, nos llenan de nosotros mismos. Hacese uno soberbio y altivo desdeñoso y despreciador, sensible y delicado, envidioso y vengativo, intrépido, violento y furioso. Habla con altivez ó con aspereza, facilmente se dá por ofendido, dificultosamente perdona, y á contigé con uno, y destruye á otro; todo se nos ha de rendir: pretendemos que todo el mundo tenga atenciones con nosotros, no queriendo nosotros tenerlas con ninguno. ¿No es esto lo que hace á veces el dominio de los Grandes tan pesado y tan desabrido? Pues pensemos en la muerte, y ella nos enseñará muy pres-

presto á hacernos á nosotros justicia, y á hacersela á los otros de nuestras altivezes y soberbia, de nuestros desdenes y desprecios, de nuestros resentimientos y delicadezas, de nuestras envidias, de nuestras venganzas, de lo enfadosos que somos, de nuestras coleras, y de nuestras violencias. Así pues como no es menester mas (según el orden y palabra de Dios) que un grano de arena para quebrantar las soberbias olas del mar: *Hic confringes tumores fluctus tuos*; (a) tampoco es menester mas que esta ceniza que se nos pone en la cabeza, y renueva en nosotros la idea de la muerte, para disminuir toda la hinchazon de nuestro corazon, para detener sus impetus, para contenernos en los terminos de la humildad, y de una prudente moderacion. ¿Cómo es esto? Porque la muerte vuelve á poner delante de nuestros ojos la igualdad que hay entre nosotros y los demás: aquella igualdad que tan de gana olvidamos, pero cuya vista nos es tan necesaria, para que tengamos mas equidad, y nos hagamos mas tratables.

(b) Porque quando repasamos con nosotros lo que decia Salomon, y nos decimos como él: Por sabio y entendido que yo sea, no obstante he de morir como el mas necio; *Unus & stulti & meus occasus erit*. (b) Quando nos aplicamos estas palabras del Profeta Rey: Vosotros sois las Divinidades del mundo, vosotros sois los hijos del Altísimo; mas falsas Deydades, mortales sois, y en efecto habeis de morir como aquellos de quienes solicitais recibir incienso, y executais por tantos rendimientos y adoraciones: *Dii estis, & filii excelsionum: vos autem sicut homines moriemini*. (c) Quando, conforme al modo de hablar de la Escritura, baxamos (estando aun vivos) con el espíritu á la sepultura; y en ella se vé el sabio confundido con el ignorante, el noble con el oficial, el conquistador mas afamado con el esclavo mas vil: una misma tierra que los

(a) Job. 38. v. 11. (b) Eccl. 1. v. 15. (c) Psalm. 81. v. 6. Scilicet: *Et sicut nos erunt & sicut nos erunt*.

cubre, unas mismas sombras que los cercan, unos mismos gusanos que los roen, una misma corrupcion, una misma podredumbre, un mismo polvo: *Parvus & magnus ibi sunt, & servus liber à Domino suo*. (a) Quando se empiezan (digo) á hacer estas reflexiones, y á considerar que estos hombres, sobre los quales se elevaba uno tanto en su propia estimacion: que estos hombres á los quales con tanto ardor quiso dar á entender lo que podia, y sobre los quales se quiso tomar un imperio tan absoluto; con quienes no tiene compasion, ni caridad, ni condescendencia, ni atenciones; que estos hombres en los quales nada se puede sufrir, antes son tratados con tanto desvio y rigor, no obstante son hombres como nosotros de una misma naturaleza y de una misma especie; ó si os parece mejor, que nosotros somos hombres como ellos, tan debiles y tan expuestos como ellos á la muerte, y á las conseqüencias que de ella se siguen: ah! amados oyentes míos, entonces se toman otras medidas. Desde ese punto empieza un hombre á no estar tan locamente pagado de sí mismo, porque se conoce mejor. Desde ese punto no trata con dominio tan soberano á los que el nacimiento ó la fortuna ha hecho de inferior suerte á la suya; porque después de todo no halla tanta diferencia de hombre á hombre. Desde ese punto no es tan ardiente en solicitar sus derechos, porque no ve ya que se le deba tanto como creía. Desde ese punto no se dá por tan gravemente ofendido en las ocasiones, ni es tan ardiente y terco en pedir satisfacciones desmedidas; porque no se imagina ya tan superior al agresor, sea verdadero, ó imaginado, y no está tan persuadido á que debe ceder en todo y condescender con quanto queremos. Hay mansedumbre, moderacion, comedimiento, atencion, paciencia: sabe uno compadecerse, prevenir en los obsequios, excusar, servir de consuelo, hacer buenos oficios, y ganar las voluntades. Santos y provechosos efectos del pensamiento de la muerte. Este

(a) Job. 3. v. 19.

es el mas soberano remedio para amortiguar el fuego de nuestras pasiones, como es tambien para resolver en nuestras deliberaciones la regla mas infalible. Esto es lo que habeis de ver en la segunda parte.

II. PARTE.

Por mucho que entendamos, y por mas que nos precieemos de la viveza de nuestro entendimiento, es oráculo de fé que nuestros pensamientos son tímidos, y nuestras providencias poco seguras: *Cogitationes mortalium timidae; Et incertæ providentiæ nostræ*: (a) Nuestros pensamientos son tímidos, dice San Agustin explicando este lugar, porque muchas veces, aun en las cosas que pertenecen à nuestro bien, no sabemos si el partido que tomamos es el mejor, ni aun si es absolutamente bueno: ni tenemos bastante claridad para discernirlo con exactitud, mucho menos para formar sobre ello un juicio infalible y seguro. De aqui se sigue, que à pesar de todo quanto alcanzamos, tenemos quedar engañados en ello, y tenemos motivo para temerlo; pues por derecho que nos parezca el camino en que nos empeñamos, puede no serlo con efecto; y las luces cortas y limitadas que nos sirven de guia no nos libran de estar expuestos à aquellos extrayidos de qué querria preservarnos San Pablo al advertirnos, que obrásemos nuestra salvacion con miedo y con temblor: *Cogitationes mortalium timidae*. Como nuestros pensamientos son tímidos (añade la Escritura) nuestras providencias son dudosas; porque no estando en nuestra mano lo por venir, cuyo conocimiento se ha reservado Dios à si mismo, por mas cautelas de que nos valgamos, siempre nos quedamos con la duda de si está bien intentado lo que emprendemos, aunque sean puras y christianas en la apariencia nuestras intenciones: si tendremos algun dia causa para arrepentirnos, si nuestra conciencia nos acusará de ello alguna vez.

(a) Sap. 9. v. 14.

y si lo que teniamos por inculpable en vida, será en la muerte la materia de nuestros pesares y desesperaciones: *Et incertæ providentiæ nostræ*. Infeliz estado de que el hombre mas sabio se lamentaba, y le miraba como una fatal consecuencia del pecado. Fuera pues cosa importante hallar un medio que nos librase de estas desconsoladas incertidumbres, y de estos miedos tan opuestos à la paz interior de nuestras almas; un medio, que quando se trata de cumplir lo que debemos hacer, nos pusiese en estado de resolver siempre con seguridad; y en un sin numero de ocurrencias en que se hallan interesada la salvacion y la conciencia, igualmente nos perservase del error y del arrepentimiento. Pues yo defiendo que el medio mas eficaz para este fin es la memoria de la muerte. ¿Por qué? Porque la memoria de la muerte es una aplicacion viva y muy eficaz, que nos hacemos à nosotros mismos del ultimo fin, que debe ser el fundamento sólido de todas nuestras deliberaciones; y es cierto que practicando este ejercicio santo de la muerte, cautelamos todos los remordimientos y alteraciones que sepudieran seguir de nuestras resoluciones sin esta diligencia. Hallandonos con la obligacion indispensable de arreglar nuestra vida segun el gusto de Dios, ¿hay cosa que mas enseñe, ni que mas edifique, y aun de mayor consuelo para nosotros que estas verdades? Venid conmigo.

Para deliberar y resolver bien, es necesario tener siempre delante de los ojos este fin ultimo, que es la regla de todo, y consiguientemente adonde hade ir à parar quanto ideamos en el mundo, como las lineas tiran à su centro. Entiendo por fin ultimo aquel sumo bien, aquel uno necesario, aquella salvacion que nunca debemos perder de vista, y del qual todas nuestras acciones deben tener una esencialè inmediata dependencia. Este es un axioma indubitabile de la sabiduría Christiana, y un principio universalmente reconocido. Pero el medio de tener siempre fija la vista en un objeto tan elevado como este, y de estar bastante en vela sobre nosotros mismos para observar en cada accion de la vida el respeto que tiene, no di-

go solamente con el fin particular y próximo que nos mueve à obrar, sino con el fin comun y mas distante, à que todos debemos aspirar, es mirar y preveer la muerte. La muerte (à nuestro mismo pesar) nos pone à la vista toda la eternidad que despues de ella se sigue; la pone cerca de nuestros ojos como un rayo de luz, pero tan vivo y penetrante, que se comunica à nuestros entendimientos; y de ese modo nos descubre todo lo que hay en nuestras empresas y designios, bueno ò malo, seguro ò arriesgado, util ò pernicioso.

En efecto, en llegando à estar penetrado de este pensamiento: *Es necesario morir*, empiezo à hacer mas sano juicio de todas las cosas: despejado de mil ilusiones que la muerte y la eternidad desvanecen, en qualquiera ocasion que se ofrezca veo mucho mas claramente y mucho mas presto lo que me alexa de mi fin, ò lo que me puede ayudar à conseguirle; y desde que lo veo no tengo en qué detenerme sobre la resolucion que he de tomar en orden à lo que me es util ò de perjuicio en el camino de Dios. Entonces digo sin detenerme à dudar: esto es para mí dañoso; esto es conveniente; esto me pone à riesgo; esto podrá ser causa de mi perdicion. Pues si me es dañoso, debo darlo de mano; si me es conveniente, lo debo abrazar; si me pone à riesgo, lo debo temer; y si será causa de mi perdicion, lo debo huir. Sin la vista de la muerte; esta consideracion de mi ultimo fin hiciera en mí una impresion superficial, que no me estorbára el dar en mil escollos, y tropezar en muchas cosas: esto es lo que la experiencia nos enseña: todos los dias. Mas quando medito la muerte, y la eternidad inseparable de ella, me dá golpe en el entendimiento y en todas las potencias de mi alma; de tal suerte que no puedo divertir el pensamiento, ni apartarle de este bienaventurado fin adonde camina mi destino, y para el qual he sido criado: me hallo como determinado à hacer que este fin entre en todos los designios que trazo, en todos los intereses que busco, en todos los derechos que sigo: y como este fin aplicado asi es la regla infalible del mal que se ha de huir, y del bien que se ha de

abrazar, la meditacion de la muerte me viene à ser, segun la Escritura, un fondo de sabiduria y de inteligencia: *Utinam saperent, & intelligent, ac novissima provide- rent.* (a)

A la verdad; ¿por qué razon los mismos Paganos tributaban una especie de culto à los sepulcros de sus antepasados? ¿Por qué en los tratados y en las negociaciones importantes tenian en ellos sus consejos y sus juntas? Supersticion habia en esto; pero esta supersticion, como advierte Clemente Alexandrino, no dexaba de estar fundada sobre un secreto instinto de razon y de religion. Porque de este modo parece que reconocian, que sus consejos no podian ser prudentes con regularidad y constancia sin la memoria y vista de la muerte. Por eso no se juntaban en lugares destinados à regocijos, sino en el lugar en que reynaban las aflicciones y los llantos: porque alli es, como dice Salomon, donde autenticamente se les advierte à los hombres de su fin, y consiguientemente es el lugar mas propio para consultar y para decidir: *In illa enim finis cunctiorum admonetur hominum.* (b) Pues lo que los Paganos hacian puede servirnos de modelo, dando con la fé rectitud y santidad à lo que ellos practicaban.

En efecto, no hay dia, amados oyentes míos, en que no debais (por decirlo asi) tener consejo con Dios y con vosotros mismos, y à orden à la eleccion de vuestro estado, y à para el gobierno de vuestras familias, y à para el uso de vuestros bienes, y à para la disposicion de vuestros empleos, y à para la medida de vuestras diversiones, y à para el orden de vuestras devociones y à para vuestro propio gobierno, y y à para el gobierno de los que están à vuestro cargo: porque infelices de nosotros, si abandonamos todas estas cosas al caso, y procedemos sin regla y sin principio. En vano dirémos que no tuvimos bastante luz para hallar en esas materias en medio de los estorvos del siglo el punto fijo è inmovil de la verdadera sabiduria.

(a) Deut. 32. v. 29. (b) Ecclè. 7. v. 3.

Es engaño, Christianos; pues para ello tenemos el medio mas eficaz. ¿ Quereis que os dé una prueba sensible? Haced la experiencia, y juzgad de ella por vosotros mismos. Se trata de elegir estado de vida; haced esta eleccion como quien algun dia ha de morir, y vereis si la teacion y el deseo de elevaros os dexa tomar muy alto el vuelo. Es el punto sobre arreglarlos en el uso de vuestros bienes; arregladlos como quien muy presto los ha de perder, porque muy presto será necesario morir, y vereis si el asimiento á las riquezas hace que esté vuestro corazon tan estrechamente cerrado en los terminos de una avarienta codicia. Se os ofrece la ocasion de un interés, de una ganancia, de un aprovechamiento; examínadle como quien está cierto que ha de dar cuenta á Dios de eso, y como quien ha de morir; y vereis si os hacen las máximas del mundo aventurar cosa contra las leyes de vuestra conciencia. Os habeis embarazado en un negocio, tenéis entre manos un pleyto que componer; terminad uno y otro como lo quisierais haber hecho si hubierais de morir ahora; y vereis si el capricho ó la soberbia os hacen olvidar las leyes de la justicia, y faltar á las obligaciones de la caridad. No, Christianos, no tendreis que temer. El pensamiento de que habeis de morir enmendará vuestros yerros, destruirá los juicios de que estais preocupados, detendrá vuestras precipitaciones, servirá de freno á vuestros impetus, y de contrapeso á vuestras ligerezas. ¿ Pues no es esto lo que en todos tiempos conduxo á los Santos por los caminos derechos que siguieron sin desviarse ni caer? ¿ No es esto lo que les obligó á abrazar las vocaciones mas penosas, las que mas abaten la altivez, las que se oponen á todas las inclinaciones de la naturaleza, y en que la gracia de Dios sola los podia mantener? Los rumbos que habian de seguir para no perderse eran otros tantos secretos de la predestinacion; pero estos secretos, que de otra suerte eran impenetrables, sensiblemente se descifrabán á sus ojos desde que los ponían

nian en la muerte. Habia riesgos y lazos en el camino que seguian; pues en todas partes los hay; pero la vista de la muerte los preservaba de todos los lazos y de todos los riesgos; y depende de vosotros y de mí el sacar el mismo provecho de ella.

Si no discernimos bastantemente lo que es menester para el gobierno de nuestra vida, si por falta de conocimiento caemos en faltas irreparables, si nos enpeñamos temerariamente, si escogemos aquellos estados á que Dios no nos ha llamado, y en ellos nos priva de muchas gracias que queria darnos en otros; si tomamos empléos para los quales no somos capaces, y nuestra incapacidad nos hace cometer en ellos innumerables pecados; si contrahe-mos parentescos que no producen sino inquietudes, desazones, guerras intestinas, divorcios escandalosos; si nos enredamos en negocios que nos ocasionan tristes rebeses, y cuyo éxito no tiene mas paradero que nuestra confusion y nuestra ruina; si nos entramos en tratos, en partidos, en negocios que hacen que la conciencia se aparte de lo justo, y en que nuestra salvacion viene á ser como imposible (porque bien sabeis vosotros lo comun que es lo que voy diciendo; y Dios sabe quantas almas han de ser eternamente infelices por haberse abandonado á si mismas de esa suerte, sin reflexion, ni discrecion) si todo esto, digo, nos sucede, no le hagamos á Dios cargo de ello, ni echemos la culpa á nuestra miseria; Dios habia dado providencia en todo, y no obstante nuestra miseria, la memoria de la muerte podia, y debia servirnos de defensa. No acusemos sino nuestra infidelidad, que nos alexa de esta memoria como de un objeto molesto y enfadoso, y por una consecuencia necesaria nos expone á todos los errores de que nos dexamos arrastrar.

De aqui se sigue otra utilidad, que es como consecuencia de la primera. Porque para deliberar con prudencia, es necesario prevenir las inquietudes, y mucho mas los arrepentimientos y desesperaciones que de nuestra resoluciones se pudieren seguir; pues como dice San Bernardo, lo que puede ser motivo de un arrepentimiento, no puede

ser consejo de un hombre de juicio. ¿Pues de dónde puede nacer un efecto tan ventajoso? ¿Qué es lo que puede ponernos en estado de decir cada instante, si queremos: Yo tomo un partido de que jamás me arrepentiré: Eternamente estaré contento de haber hecho lo que executo? ¿Qué es lo que lo puede hacer, Christianos? El uso frecuente de lo que yo llamo ciencia práctica de la muerte. ¿Por qué? Excelente razon de San Agustin: porque siendo la muerte, dice este santo Doctor, el paradero de todas las ideas de los hombres, es tambien de donde nacen los arrepentimientos que mas duelen. Pero el secreto para prevenirlos, es prevenir, quanto fuere posible, el momento de la muerte. ¿mas cómo? Preguntandose á sí mismo, ¿qué sentiré yo á la hora de la muerte de lo que hoy emprendo? Lo que voy á hacer ¿me turbará eñtonces? ¿Me servirá de consuelo? ¿me dará confianza? ¿me causará pesar? ¿Lo aprobaré, ó lo condenaré entonces? Porque para cada una de estas questiones tenemos en nosotros mismos una respuesta general, pero decisiva, en que poder asegurarnos: y esta respuesta, aplicando aqui la sentencia del Apostol, es la respuesta de la muerte: *Sed ipsi in nobismetipsis responsun mortis habemus.* (a) Mientras discurrimos conforme á los principios de la vida, las respuestas que nos damos á nosotros mismos nos hacen seguir un tenor de vida desreglado, que nos hace arrepentir ahora de lo que nos debia consolar, y alabarnos de lo que nos debia affligir; pero el pensamiento de la muerte, con una virtud del todo contraria que experimentamos, endereza si me es lícito hablar asi, todos estos afectos. Hace que nos alegremos por lo que deber ser y será siempre motivo verdadero de nuestro gozo. Nos da dolor y arrepentimiento de lo que debe ser causa legítima de nuestro arrepentimiento y dolor, y no lo será en la muerte habiendolo sido en la vida. Pensando en la vida concebimos arrepentimientos inestables y variables, que nos hacen condenar hoy lo que aprobamos mañana.

(a) 2. Cor. 1. v. 9.

barémos mañana: de donde se sigue, que aun nuestros mismos arrepentimientos no pueden arreglar en nosotros aquella conducta uniforme, que es el carácter de la prudencia christiana. Pero quando meditamos en la muerte, la prevenimos, y al prevenirla nos prevenimos contra los arrepentimientos eternos, cuyo horror, que es siempre el mismo, no solamente basta, sino que es como omnipotente para detener los impetus de nuestra alma, y para impedir que la codicia la ciegue y la arrebathe. Pues aqui justamente la prudencia de los justos triunfa de la temeridad de los impios. Porque al fin, hermano mio (dixera yo con San Geronymo á un licenciado del siglo) por endurecido que esteis en vuestro pecado, por mas sosegado que os querais mostrar al cometerle, por mas viveza de espíritu que deis á entender quando os resolvéis á ello; vuestra desgracia es, que no podeis volver ácia vos la vista sin pronunciar contra vos esta triste sentencia: Voy á hacer lo que me causará la mas cruel desesperacion, por lo menos en la muerte, y lo que quisiera entonces remediar con el sacrificio de mil vidas.

Bien sé que en quanto está en vuestra mano ahogáis este sentimiento: pero tambien sé que no está siempre en vuestro poder el darle de mano. Sé que esta consideracion se os pone á la vista, aunque no querais, y aun quando haceis los mayores esfuerzos para alejarla de vosotros: sé que entra hasta enmedio de vuestros gustos, entre las diversiones y regocijos del mundo, en las ocasiones mas felices en la apariencia, para apoderarse de vuestro pensamiento, y para inquietaros, y que os hace pagar en lo interior de vuestra alma con muy crecidas usuras esa falsa tranquilidad que solamente consiste en unas apariencias engañosas. Pero yo que quiero guardarme de estos sustos, y de estas secretas inquietudes, ¿qué hago? Gusto de emplearme en la memoria de la muerte para que no la despierte en mí contra mí mismo un remordimiento que me punze el corazon, y me importune. Prevengo con la consideracion todos los arrepentimientos de la muerte, y en lugar de guardarlos para aquella ultima hora, quiero ha-

cer que me sean provechosos en esta. Es decir, quiero ahora llenar mi espíritu de esta idea, *me be de arrepentir*, para no arrepentirme jamás. Digo como el Profeta Rey: *Circumdederunt me dolores mortis*: (a) los dolores de la muerte, sus congojas, sus desesperaciones me han investido, de todas partes me han cercado; y en lugar de defenderme de ellos, pongo en ellos mi dicha y mi seguridad. Porque ¿qué otra cosa puedo desear, sino tener conmigo lo que me asegure de mí, lo que me sirva para ordenar todos mis pasos, para concertar mis acciones, para descubrir las consecuencias tristes que pueden tener, y para evitarlas? Con esto ¿qué puedo temer? ¿Qué no puedo intentar? Es pues el pensamiento de la muerte el remedio mas soberano para amortiguar el fuego de las pasiones, la regla mas infalible para resolver con seguridad en nuestras deliberaciones: y en fin, el mas eficaz motivo para inspirarnos un santo fervor en nuestras obras. Esta es la tercera parte.

III. PARTE.

Del fervor de nuestras obras depende la santidad de nuestra vida, y esta es la que ha de hacer preciosa nuestra muerte en los ojos de Dios. Este es, dice San Juan Chrysostomo, el orden natural que ha establecido Dios para con sus escogidos, en el qual se puede decir que no puede dispensarnos ni aun su misma providencia. Lo que desconcierta, ó por mejor decir lo que trastorna este admirable orden es un sumo descuido, y una tibieza suma. Aquella tibieza tan seriamente reprobada por Dios en la Escritura. Aquella tibieza que inficiona lo mejor de nuestras obras: digo aquellas á que nos obligan la Religion, y la Christianidad: de suerte que por buenas que sean en sí mismas, nuestra vida está tan lexos de ser mas santa con ellas, que antes la hacen mas imperfecta, y aun mas culpable: y viene al fin á parar en una muerte que nos debe

ha-

(a) Psalm. 17. v. 5.

hacer temblar, si se juzga de ella á las luces de Dios, y segun el rigor extremo de su justicia soberana. Es pues, Christianos, de lo que se trata, de hacer guerra á este descuido, que por sí mismo sin mas desorden basta para nuestra perdicion: se trató de vencerle, y esto es lo que el Hijo de Dios quiso particularmente enseñarnos, y á lo que parece, si lo reparamos bien, que reduxo todo su Evangelio. Porque este Dios Salvador, ¿qué vino á hacer en la tierra? Vino á derramar en los corazones de los hombres el fuego de la caridad, y el deseo encendido de las buenas obras: *Ignem veni mittere in terram*. (a) Este es el fin de su venida. Pues entre todos los motivos que nos podia proponer, y con efecto nos propuso para excitar este fervor, y para encender este fuego celestial, los dos mas poderosos son la vecindad de la muerte, y su incertidumbre. La vecindad de la muerte, que hizo esfuerzo, por decirlo así, para darnosla á entender, como si fuera el estímulo mas penetrante, y mas eficaz para avivarnos. La incertidumbre de la muerte, que tantas veces nos puso á la vista, como motivo de nuestro desvelo, y de nuestra continua atencion. Estos son los dos motivos á los quales este Maestro divino encamina todas sus adorables instrucciones, y en ellos hallamos nosotros el medio de despertar nuestro fervor, y de alentarnos á hacer todo lo bueno que nos inspira la gracia.

Si Christianos, es necesario trabajar, y con aquel fervor de espíritu que deberes el alma de todas nuestras acciones, porque nos acercamos á nuestro fin: este es el motivo primero que confunde nuestro descuido. Caminad, dice el Salvador del mundo, mientras os alumbra la luz ¿por qué? Porque el hijo del hombre á quien aguardáis, está ya á la puerta. Negociad, y ganad con los talentos que teneis en la mano: ¿por qué? Porque el Señor que os los ha confiado está ya para volver, y para tomaros cuenta de ellos. Tened vuestras lámparas encendidas: ¿por

Tom. II. Quaresma.

D

qué?

(a) Luc. 12. v. 49.

qué? Porque el Esposo llega yá. Daos prisa à llevar frutos: ¿ por qué? Porque será muy presto tiempo de recogerlos. Pues con todo esto, ¿ qué queria Jesu-Christo darnos à entender? Ah! Christianos, estas palabras, con ser tan misteriosas, por sí mismas se declaran bastantemente, y nos hacen conocer nuestra necesidad, quando representandonos la muerte en una distancia imaginaria, aunque (segun la Escritura) es un solo punto lo que media entre nosotros y ella, juzgamos que podemos proceder con anchura en cumplir nuestras obligaciones: esta es nuestra ceguera, y este es el error de que intenta Jesu-Christo desengañarnos. Este caminar que nos ordena, no significa otra cosa que el adelantamiento y progreso en el camino de la salvacion: *Ambulate*. (a) Este velar quiere dar à entender el cuidado de nosotros mismos: *Vigilate*. (b) Este negociar nos significa el buen uso del tiempo: *Negotiamini*. (c) Estas lámparas encendidas la edificacion de una vida exemplar: *Luceat lux vestra coram hominibus*: (d) Estos frutos las obras de penitencia y de santidad: *Facite fructus dignos penitenti*: (e) Este dia de coger la cosecha, esta vuelta del Señor, esta venida del Esposo, y esta noche que se acerca, eran en el estilo ordinario del Hijo de Dios unos symbolos, pero naturales, de una muerte vecina. Como si nos hubiera querido dar à entender, que su sabiduría, con ser infinita, no le sugeria cosa mas eficaz para hacernos abrasar en un santo zelo, y para retirarnos de una vida tibia y floxa, que la vecindad de la muerte.

En efecto, Christianos, quando hubieramos de vivir siglos enteros, y Dios por especial providencia, ò de rigor ò de bondad, nos dexára en este mundo por tiempo tan dilatado como el que concedió à aquellos primeros Patriarcas del mundo, aun tuvieramos sobradas razones para reprehendernos nuestras disoluciones. Por distante que estuviese la muerte, teniendo qualquiera de nuestras accio-

(a) Joan. 12. v. 35. (b) Luc. 21. v. 36. (c) Luc. 19. v. 13.
(d) Matt. 5. v. 16. (e) Luc. 3. v. 8.

nes respeto à la eternidad, siendo siempre materia del juicio de Dios, y pudiendo merecernos siempre una gloria inmortal, fuera siempre razon que se hiciera de tal modo, que fuese digna de Dios, pues Dios siempre quiere ser servido como Dios: fuera siempre razon que se hiciese de tal modo que fuese digna del premio que de Dios esperamos; y ay de nosotros si aun entonces abusáramos de un tiempo tan precioso, y asi hacemos, como dice la Escritura, la obra de Dios con descuido. Pero estar en visperas de comparecer delante Dios, y estarse con sosiego en una vida descuidada; estar yá cerca del termino, quando nada se puede hacer, y no redoblar sus cuidados con una vida mas fervorosa; tener yá la muerte al lado, morir en cada momento como el Apostol, *quotidie morior*, (a) y no apresurarse para llegar à la santidad por el camino breve y compendioso de una vida fervorosa: solo puede llegar à este extremo, amados oyentes míos, una grosera insensibilidad, ó una infidelidad consumada, ó comenzada à lo menos. No obstante, este es nuestro estado, y el estando mas deplorable. Ah! Christianos, Jesu-Christo nos dice en terminos expresos: *Ecce venio cito*: (b) mirad que llevo presto: *Merces mea mecum est*: tengo conmigo mi premio para dar à cada uno segun sus obras. Ponderad bien estas palabras. No dice, *vendré*, ni dice, *me dispongo para venir*; sino vengo: *Ecce venio*; y vengo presto: *Ecce venio cito*. Date prisa, dice el Señor à una alma perezosa y detenida; carga de despojos, haz una rica presa de tantas acciones virtuosas como omites, y en que te descuidas y pierdes lo que merecieras con ellas: *Accelera, spolia detrahere, festina prædari*. (c) Asi, digo, nos habla, asi nos insta Dios en uno y otro Testamento, por sí mismo, por sus Profetas, por sus Sacerdotes. Pero vosotros, siempre insensibles à las advertencias que os dá y à las que hace que se os den, os estais siempre en la misma somnolencia y en el mismo descaecimiento. ¿ Por qué? Porque nunca

D 2

ha-

(a) 1. Cor. 15. v. 31. (b) Apoc. 22. v. 12. (c) Isai. 8. v. 3.

habeis considerado bien la brevedad de vuestra vida.

Porque al fin, hermanos míos, si estuvieramos bien convencidos de que son muy pocos los días que nos restan: si nos dixeramos muchas veces con San Pablo, pero de modo que quedasemos bien llenos de este pensamiento: *Ego enim jam delibor, & tempus resolutionis mee instat.* (a) Yo soy como una víctima que está para ser sacrificada, y está rociada yá para el sacrificio; el tiempo de mi resolución está yá cerca, y me parece que estoy yá en él: si por ministerio de un Angel nos avisara Dios que esta habia de ser mañana, ¿qué hicieramos? O por mejor decir, ¿qué no hicieramos? Esta idéa sola que os propongo, que en rigor no es mas que una suposición, no obstante tiene en sí quando os estoy hablando un no sé qué, que nos mueve, que nos dá latido y alienta. Todo lo hicieramos, y haciendolo todo aun lloraríamos teniendo por muy poco quanto llegasemos á hacer. Tan lexos estuvieramos de entibiarnos, que nos arrojaríamos á excesos que fuera necesario moderar. No hubiera divertimiento, ni deleyte, ni juego que nos distraxese; ni espectáculo, ni trato, ni compañía que nos llevase la afición; ni esperanza, ni interés que nos empeñase; ni pasión ni estrechez, ni afición que nos detuviese. Recogidos del todo como en un abysmo dentro de nosotros mismos; ó por decirlo mejor recogidos del todo, y sumidos como en un abysmo en Dios, muertos al mundo, á todos sus bienes, á todas sus vanidades, á todos sus entretenimientos, ni pensáramos sino en Dios, ni tuvieramos deseos sino de Dios, ni vivieramos sino para él: no se nos pasara un instante que no estuviese consagrado á su servicio; ni acción que no se santificase con el merecimiento de la caridad mas pura y fervorosa. Y al modo que un elemento, segun se vá acercando á su centro, camina ácia él con movimiento mas apresurado, así quanto mas vecinos estuvieramos á nuestro fin, experimentariamos que se aumentaba nuestra actividad

(a) 2. Timoth. 4. v. 6.

dad y nuestro zelo. Este milagro visible obrará la presencia de la muerte. ¿Pues por qué no le hace desde luego? ¿Jesu-Christo no se explicó con terminos bien claros? ¿Y la palabra de Dios tiene menos eficacia que la de un Angel?

¿Quereis, Christianos, saber cómo habla, y sobre todo cómo obra un hombre que mira la muerte de cerca, y hace de ella el asunto de sus consideraciones? Escuchad al Santo Rey Ezechias, y tomad su exemplo por norma de vuestras acciones. Yo dixé, esclamaba este Santo Rey profundamente humillado delante de Dios, yo dixé en medio de mi carrera: Estoy yá para ir á las puertas del infierno, es decir (segun el language del Espiritu Santo) á las puertas de la muerte: *Ego dixi: In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi:* (a) He hecho el cómputo de mis años: *Quæsi vi residuum annorum meorum.* Y he sacado por mi cuenta, que en breve dexaré esta habitación terrena para mudarme á otra parte, como se lleva la cabaña de un pastor de un campo á otro: *Generatio mea ablata est á me, quasi tabernaculum pastorum.* Que por un destino á que es preciso estar sujeto, el hilo de mis días está para ser cortado como una tela á medio texer: *Præcisæ est velut à texente vita mea.* Que de la mañana á la tarde se habrá dispuesto lo que ha de ser de mi, y que habiendose dado mi sentencia en el consejo de Dios, no podrá dilatarse la execucion mucho tiempo: *De mane usque ad vesperam finies me.* Establecidos así estos principios (porque, como repara San Ambrosio, todos estos eran otros tantos principios que sentaba) ¿qué consecuencia sacaba de ellos? ¿Qué conclusiones prácticas para la reforma de su vida? Son admirables, y no os puedo dar otro modelo mas excelente. Ah! Señor, proseguia el Santo Rey, por esto alzaré la voz clamando á Vos sin cesar como el polluelo de la golon-drina, que pide su alimento: *Sicut pullus birundinis sic clamabo:* Ved ahí el fervor de su oracion. Por eso gemiré como la paloma, y noche y dia me aplicaré á meditar la

pro-

(a) Isai. 38. v. 10.

profundidad de vuestros juicios: *Meditabor ut columba*. Ved el fervor de su meditacion. Por eso se ha enflaquecido la fuerza de mis ojos mirando á lo alto, de donde esperaba todo mi socorro, y donde buscaba mi unico bien: *Attenuati sunt oculi mei suspicientes in excelsum*. Ved el fervor de su confianza. Por eso resisto á las mas recias tentaciones que me combaten; y por no rendirme á ellas, sabiendo la fuerza de vuestra gracia, os pido que peleéis, y respondais por mí: *Domine vim patior, responde pro me*. Ved el fervor de su fé. Por eso repararé en vuestra presencia todos los años de mi vida con amargura de mi alma: *Rocogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine anime mee*. Ved el fervor de su penitencia. Porque yo sé, mi Dios, añadía, que ni en la muerte, ni en el infierno resuenan vuestras alabanzas: *Qui anon infernus confitebitur tibi, neque mors laudabit te*. Es decir, según la explicacion de San Gerónimo, yo sé que los que están á punto de morir no os glorifican, ni están en estado de glorificaros con sus obras; ¿pues quienes? Los que viven, Señor; mas los que viven persuadidos como yo á que han de morir dentro de breve tiempo; los que viven resueltos, como yo, á hacer de esta persuasion la regla de todas sus acciones: *Vivens, vivens ipse confitebitur tibi, sicut & ego hodie*. Así hablaba este religioso Monarca, y de él aprendemos aquel método tan sólido, tan conocido de los Santos, tan poco practicado entre nosotros, mas tan digno de practicarse, del qual depende la santificacion de nuestra vida; conviene á saber, hacer todas nuestras obras como si cada una hubiera de ser la ultima de la vida, y se hubiera de seguir luego la muerte. Hacer oracion, como la hiciera en la muerte; examinar mi conciencia, como la examinara en la muerte; llorar mi pecado, como le llorara en la muerte; recibir á Jesu-Christo en el Sacramento, como le recibiera en la muerte. Este es el modo de corregir todas nuestras tibiezas y floxedades, y de dar alma á nuestras obras con la memoria de la muerte y de su vecindad.

Pero no sé si la muerte está cerca, ó está aun lejos de mí; sea asi, oyente mio, ¿qué inferis de eso? Porque es in-

incierto el quando, y el dia en que habeis de morir, ¿por eso habeis de ser menos activo, menos vigilante, y menos fervoroso en cumplir vuestras obligaciones? Pues esta incertidumbre, que por ventura os sirve de pretexto para justificar vuestras negligencias, ¿no es por el contrario nueva razon para condenarlas? ¿Pues por qué nos manda el Salvador del mundo velar? No solamente porque la muerte está vecina, sino porque es incierta; es decir, porque no sabemos su dia ni su hora: *Quia nescitis diem, neque horam*. (a) ¡Ah! Christianos, Jesu-Christo ciertamente hubiera discurrido mal, si la incertidumbre de la muerte apoyara de algun modo vuestras floxedades y tibiezas. Mas aqui es donde San Agustin se admiró de la sabiduria de Dios, que nos ocultó el dia de nuestra muerte para hacernos emplear util y santamente todos los dias de nuestra vida: *Latet ultimus dies, ut observentur omnes dies*.

En efecto, si conociéramos con certeza el dia y la hora en que hemos de morir, no hubiera penitencia, ni ejercicios de virtud en la vida. Todo se dexaria para el ultimo año, y en el ultimo año para el ultimo mes, y en el ultimo mes para la ultima semana, en la ultima semana para el ultimo dia, y en el ultimo dia para la ultima hora, y aun para el ultimo instante. Y con eso no hay salvacion: ¿Por qué? Porque el tiempo de la buenas obras y de la penitencia no es el instante de la muerte, y no puede haber salvacion sin penitencia y buenas obras. ¿Pero qué hace Dios? Con una providencia igualmente sabia y misericordiosa, nos tiene en una absoluta incertidumbre por lo que toca á este ultimo instante, para que en todos los instantes vivamos con cuidado. Porque ¿qué pensamiento mas eficaz para renovarnos continuamente en espíritu que este? Este por ventura será el ultimo de mis dias; por ventura despues de esta confesion, de esta comunión; despues de este Sermon, de esta conversacion, de esta ocupacion, vendrá repentinamente la muerte para arrebatarme del

(a) Matth. 25. v. 13.

del mundo, y ponerme en el tribunal de Dios. Quando en todo se lleva esta idea, y en todo se conserva eficazmente gravada en la memoria, tan lexos está una persona de obrar con remision y caer de animo, que nada hay que le detenga, nada que le espante, nada hay que no intente, en que no sea constante, y que no llegue á conseguir. Hácese uno (bello retrato de una vida fervorosa, que el mismo Apostol nos trazó): hácese uno trabajador y aplicado: *Solitudine non pigri*: (a) pronto y ardiente: *Spiritu ferventes*: incansable en el servicio del Señor: *Domino servientes*: despegado del mundo, y unicamente atento á las cosas del Cielo: *Spe gaudentes*: sufrido en los males: *In tribulatione patientes*: dado á la oracion: *Orationi instantes*: caritativo con sus hermanos, y siempre dispuesto para exercitar la misericordia: *Necessitatibus Sanctorum communicantes, hospitalitatem sectans*: igualmente fiel en quanto debe á Dios, al proximo, y á sí mismo: *Providentes bona, non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus*.

Digamos algo mas eficaz aun, y mas acomodo á lo que Dios nos pide, especialmente en este santo tiempo en que entramos. Este es un tiempo de penitencia; y la principal accion de nuestra vida, siendo como somos pecadores, es nuestra conversion á Dios, y una conversion sincera y perfecta. ¿Pues no es esto en lo que mas experimentamos nuestra flaqueza, y en lo que parecemos mas cobardes è irresolutos? Es el asunto determinar nos á romper nuestras prisiones con un esfuerzo generoso: se trata de inspirarnos aquel fervor de conversion que arrebató el alma, la arranca del mundo y de sí misma, y no la permite la tardanza mas ligera: y ésto es lo que debe hacer la incertidumbre de la muerte. Porque, dime pecadora; ¿para qué tendrás sentimiento, si no la tienes para el horroroso peligro á que la muertete expone? Moris en vuestro pecado, estais perdidos, y perdidos sin recurso; y mientras per-

(a) Rom. 12. v. 11. 12. 13. & 17.

perseverais en él; ¿no podeis morir en él? ¿Y no podeis morir en él cada instante, pues no hay cosa mas incierta, ni para vosotros ni para mí que la muerte? Pero alguna cosa hay en ella cierta para nosotros; ¿Y cuál es? Que hemos de ser sorprendidos de ella. El Salvador del mundo no se contentó con decirnos: Velad, porque no sabeis el día ni la hora en que vendrá el hijo del hombre; sino que expresamente añadió: Velad, porque el hijo del hombre vendrá quando menos lo esperéis. ¿Hay cosa mas formal que esta sentencia? ¿Y su infalibilidad no hace tambien mayor mi delito, quando vivo con sosiego en mi pecado, y estoy descuidado de mi conversion? Si este divino Maestro no me hubiera dicho sino que el tiempo de la muerte es incierto, por ventura sería yo menos culpable. Si es incierto, diria; no he perdido todo el derecho de esperar. Es verdad que soy un temerario en arriesgarme en este punto; pero al fin mi temeridad no destruye absolutamente mi confianza. Puedo ser sorprendido, mas tambien puede ser que no lo sea: y en la conducta que sigo, aunque es tan desalumbada, á lo menos tengo algun pretexto, Asi discurriera yo; pero despues de la sentencia de Jesu-Christo no puedo discurrir de esa suerte; y he de hacer cuenta que he morir quando menos lo pensáre. El Hijo de Dios no me ha dado otro medio sino este para conocer aquella fatal hora. Todo lo que sé, y sin poder dudar, es que el día de mi muerte será para mí un día engañoso: *Qua hora non putatis*. Pues á vista de esto ¿no he conspirado en mi perdicion, si en el desorden en que vivo, y viendome expuesto á todo el odio y á todas las venganzas de mi Dios, no tomo medidas seguras y prontas para restituirme á su gracia, y prevenir con la penitencia el golpe con que tan claramente y tantas veces me ha amenazado? ¿Habeis hecho sobre esto alguna vez, no digo toda la reflexion necesaria, sino alguna reflexion? Aun ahora que os hablo de la muerte, ¿pensais en ella, ó pensais en ella bien? ¿pensais en ella atentamente? ¿pensais en ella christianamente? ¿pensais en ella eficazmente? Pues si no pensais en ella; ¿en qué pensais? Y si no pensais en

ella al presente, ¿ cuándo pensareis, ¿ quién pensará jamás en ella por vosotros? ; Dichoso el que no espera á pensar en ella quando no es tiempo! ; Dichoso el que piensa en ella en la vida ! Asi, la muerte que es castigo del pecado, será para nosotros su remedio. Entró en el mundo por el pecado; pero si la consideramos como los Santos, si pensamos como los Santos en ella, no hará entrar como á ellos por medio de la gracia en la eternidad bienaventurada, que es desseo, &c.

OTRO

OTRO
SERMON

PARA EL MIERCOLES DE CENIZA.

Sobre la ceremonia de las Cenizas.

Pulvis es, & in pulverem revertetur.

Polvooeres, y en polvo te has de convertir. En el Genes. cap. 3. v. 19.

SEÑOR

Estas palabras memorables dixo Dios al hombre en el caso de su desobediencia, y estas son las que la Iglesia dirige en particular á cada uno de nosotros por boca de sus Ministros este dia. Son palabras de maldicion en el sentido en que las pronunció la Magestad de Dios; pero son palabras de gracia y de salvacion segun el fin que la Iglesia se propone, quando nos obliga á que las oigamos. Palabras terribles y fulminantes para un pecador, pues le intimaron el decreto de su condenacion; pero palabras dulces y llenas de consuelo para un pecador arrependido, pues le enseñan el camino de convertirse y justificarse. Asi (como repara San Juan Chrisostomo) lo ha estilado el mismo Dios muchas veces, y se ha servido de un mismo medio, yá para imprimir en los hombres el terror de sus juicios, yá para hacer que experimenten la eficacia de sus misericordias.